

## LIBRO SEGUNDO.

TRATA GUZMÁN DE ALFARACHE DE LO QUE LE PASÓ EN ITALIA HASTA VOLVER Á ESPAÑA.

## CAPITULO PRIMERO.

Sale Guzmán de Alfarache de Siena para Florencia, encuéntrase con Sayavedra, llévalo en su servicio, y antes de llegar á la ciudad le cuenta por el camino muchas cosas admirables, y en llegando allá se la enseña.

Focion (famoso filósofo en su tiempo) fué tan pobre que apenas y con mucho trabajo alcanzaba con que poder entretener la vida. Por lo cual, siempre que de sus cosas trataban algunos en presencia del tirano Dionisio, su gran enemigo, se burlaba dellas y dél, motejándolo de pobre, por parecerle que no le podía hacer otra mayor injuria. Cuando aquesto llegó á noticia del filósofo, no solo no le pesó, que riéndose dél y su locura, respondió á quien se lo dijo: «por cierto Dionisio dice mucha verdad, llamándome pobre; porque verdaderamente lo soy, empero mucho mas lo es él, y con mas veras pudiera tener vergüenza de sí mismo y afrentarse; porque si á mi me faltan dineros, los amigos me sobran, tengo lo mas y faltame lo menos; empero él, si dineros le sobran, los amigos le faltan, pues no se le conoce alguno que lo sea suyo.» No pudo este filósofo satisfacerse mejor, ni quebrarle los ojos con mayor golpe ó pedrada, que con llamarle hombre sin amigos. Y aunque acontece muchas veces comprarse con dineros, y suele ser este camino el principal de hallarlos, nunca este tirano supo granjearlos ni tenerlos. Y no es de maravillar que le faltasen; porque quien dice amigo dice bondad y virtud, y quien ha de conservar amistad, ha de procurar que sus obras correspondan á sus palabras; y como todo él era tiranía, en todo de mala digestion y peor trato, y los amigos no se alcanzan con sola buena fortuna, sino con mucha virtud, careciendo él della, siempre careció dellos.

Nunca otro fué mi deseo desde que tuve uso de razon, sino granjearlos, aun á toda costa. Pareciéndome, como real y verdaderamente lo son, tan importantes á la prospera como en adversa fortuna. ¿Quién sino ellos gusta de los gustos, conserva la paz, la vida, la honra y la hacienda, celebrando las prosperidades de sus amigos? ¿Y dónde, con adversidad, se halla otro refugio, benignidad, consuelo, remedio y sentimiento de los males como propios? El hombre prudente, antes debe carecer de todos y cualesquier otros bienes, que de buenos amigos, que son mejores que cercanos deudos ni propios hermanos. De sus calidades y condiciones muchos han dicho mucho (y algun dia diremos algo, Dios mediante); mas á mi parecer, donde amistad se profesa, el trato ha de ser llano, que ni altere ni escandalice, ni dé cuidado ni ponga en condicion al amigo de perderse. Hanse de avenir los dos, como cada uno consigo mismo, por ser otro yo mi amigo. Y de la manera que suele suceder al azogue con el oro, que se le mete por las entrañas, haciéndose de ambos una misma pasta, sin poderlos dividir otra cosa que el puro fuego, donde queda el azogue consumido; tal el verdadero amigo, hecho ya otro él, nada puede ser parte para que aquella union se deshaga, sino con solo el fuego de la muerte sola.

Débase buscar los amigos como se buscan los buenos libros; que no está la felicidad en que sean muchos ni muy curiosos, antes en que sean pocos, buenos y bien conocidos; que muchas veces muchos impiden que sean verdaderas en todos las amistades. No que solo entretien-

gan, sino que juntamente aprovechen al alma y cuerpo; que aquel se debe buscar, que sin respeto de interese humano aconseja el precepto divino: no que representen, sino que hablen, amonesten y enseñen. Y si aquel se llama verdadero amigo, que con la amistad sola dice á su amigo la verdad clara y sin rebozo, no como á tercera persona, sino como á cosa muy propia suya, segun la deseara saber para sí, de cuyas entrañas y sencillez hay pocos de quien se tenga entera satisfacion y confianza; con razon el buen libro es buen amigo, y digo que ninguno mejor; pues dél podemos desfrutar lo útil y necesario, sin vergüenza de la vanidad que hoy se practica de no querer saber por no preguntar, sin temor que preguntando revelará mis ignorancias, y con satisfacion que sin adular dará su parecer. Esta ventaja hacen por escelerencia los libros á los amigos; que los amigos no siempre se atreven á decir lo que sienten y saben, por temor de interese ó de privanza (como diremos presto y breve), y en los libros está el consejo desnudo de todo género de vicio. Conforme á lo cual, siempre se tuvo por dificultoso hallarse un fiel amigo y verdadero, y son contados, por escrito están, y los mas en fábulas, los que se dice haberlo sido.

Uno solo hallé de nuestra misma naturaleza, el mejor, el mas liberal, verdadero y cierto de todos, que nunca falta y permanece siempre, sin cansarse de darnos, y es la tierra. Esta nos da las piedras de precio, el oro, la plata y mas metales, de que tanta necesidad y sed tenemos. Produce las yerbas con que no solo se sustentan los ganados y animales de que nos valemos para cosa de nuestro servicio, mas juntamente aquellas medicinales que nos conservan la salud y aligeran la enfermedad, preservándonos della. Cria nuestros frutos, dándonos telas con que cubrirnos y adornarnos. Rompe sus venas, brotando de sus pechos dulcissimas y misteriosas aguas que bebemos, arroyos y rios que fertilizan los campos y facilitan los comercios, comunicándose por ellos las partes mas estrañas y remotas. Todo nos lo consiente y sufre, bueno y mal tratamiento, á todo calla; es como la oveja que nunca le oírán otra cosa, que *bien*: si la llevan á comer, si á beber, si la encierran, si la quitan el hijo, la leche, la lana y la vida, siempre á todo dice *bien*; y todo el bien que tenemos en la tierra, la tierra lo da. Ultimamente, ya después de fallecidos y hediondos, cuando no hay mujer, padre, hijo, pariente ni amigo que quiera sufrirnos, y todos nos despiden, huyendo de nosotros, entonces nos ampara, recogiéndonos dentro de su propio vientre, donde nos guarda en fiel depósito, para volvernos á dar en vida nueva y eterna. Y la mayor escelerencia, la mas digna de gloria y alabanza es, que haciendo por nosotros tanto tan á la continua, siendo tan generosa y franca, que ni cesa ni se cansa, nunca repite lo que da, ni lo zahiere, dando con ello en los ojos como lo hacen los hombres.

En todos cuantos traté, fueron pocos los que hallé que no caminasen al norte de su interese propio y al paso de su gusto: con deseo de engañar, sin amistad que lo fuesen, sin caridad, sin verdad ni vergüenza. Mi condicion era fácil, su lengua dulce, siempre me dejaron el corazón amargo é indigestible por lo arriba dicho. Empero, segun el trato de boy, de tal manera corre la malicia, que mas nos debe admirar no ser engañados, que de serlo. Vialos tan libres en prometer, cuanto cativos en cumplir;

fáciles en las palabras y dificultosos en las obras. No hay Pilades, Asmundos ni Orestes; ya fenecieron, y casi sus memorias. Tanto lo digo por mi Pompeyo, y mas que por los mas que tuve, porque á los mas ganélos hablando y á él obrando. Muchos amigos tuve cuando próspero, todos me deseaban, me regalaban y con sumision se me ofrecian; cuando faltaron dineros faltaron ellos, fallecieron en un dia su amistad y mi dinero. Y como no hay desdicha que tanto se sienta como la memoria de haber sido dichoso, no hay dolor que iguale al sentimiento de ver faltar los amigos, á quien siempre tuvo deseo de conservarlos. Ya me robaron y quedé perdido; estuve algunos dias, aunque pocos, en casa de mi amigo; empero sentíle hacérselo muchos, en que poco á poco se me despegaba, y como águila paso á paso en la ocasion se me resbalaba, dejándome la mano vacía. Ofreciase á lo cordobés: ya vuesa merced habrá comido, no habrá de menester algo; nada prometió á cierto, ni en algo dejó de quedar dudoso; y lo que me acariciaba no era tanto con ánimo de hacerlo, cuanto para que por justicia no cobrara dél mi hacienda. Leíse los pensamientos, y como los míos fueron siempre nobles, las veces que de mi pérdida trataba, si algun cumplimiento hizo fué fingido; empero cualquiera que fuese, me agraviaba dello, como de una grave injuria, y con muchas veras rechazaba sus burlas, como si no lo fueran ó tuvieran algun fundamento, haciendo caso de menos valer, que se tratase de interés mio, no consintiendo que me sintiese flaqueza de ánimo; antes por no traer inquieto el suyo, viéndolo tan atribulado y corto, determiné dejarlo y pasar á Florencia. Comunicóle aqueste pensamiento, diciéndole, que deseaba mucho ver aquella ciudad, por las grandezas que della me contaban; y como le salí á su deseo, asió de la ocasion, refiriéndome muchas cosas memorables, con que me levantó los pies y creció la codicia. No lo hacia por loármela, ni porque la viese, sino por no verme ya en su casa, que es triste huésped el de por fuerza.

Después que le dije mi determinacion, volvió á refrescar el viento del regalo para obligarme con él á que saliese con gusto y en paz, y quedarlo él por lo que de mí se temia. Significó pesarle de mi partida, pero nunca hizo resistencia en ella para que me quedase; preguntóme cuándo me queria ir, pero no lo que habia menester llevar, aun siquiera de buen comedimiento. Fácil cosa es el ver, y mas lo es el hablar, pero muy dificultoso el proveer; que no conocen todos los que miran, ni los que hablan hacen. Como ya no me habia menester, y él necio, yo le habia dicho que no pensaba volver mas á Roma, hizo su cuenta, para qué ó de qué me puede ya ser de provecho aqueste tonto; tratóme como yo merecia. Entonces conocí, en cuanto se deja conocer, el ánimo generoso con el agradecimiento del bien recibido. En esta mudanza de fortuna hallé á la vista mil daños nunca temidos; mas como aun entonces tenia resuello para pasar adelante, no desmayé de todo punto. Procuré olvidar lo que no pude remediar, tomando por instrumento la memoria de mi jornada; y como la novedad ó estrañeza de las cosas lleva tras sí el ánimo de los hombres, con deseo de saberlas, dime mucha priesa hasta salir de Siena, tanto por esto como por dejar á Pompeyo sosegado; que aunque suelen decir á los huéspedes: *comed con buena gana, que con buena ó con mala tienen de contároslo por comida*, me daba pena su cortedad, el sentirle su solicitud socarrona y verlo andar tan ciscado. Despedime dél; y aunque por ser yo quien era, por el amistad que le tuve lo sentí, de manera, que al tiempo del apartarnos me faltaron palabras, tampoco en él vi lágrimas.

Comencé mi camino á solas, no con pocos pensamientos ni libre de cuidados, que á fe que mi caballo no llevaba tanto peso; empero ibalos trazando y acomodando como se me hiciesen mas lijeros y mejor pudiese salir de-

llos; cuando á pocas millas encontré con Sayavedra que salia de Siena en cumplimiento de su destierro. No me bastó el ánimo, en conociéndolo, á dejar de compadecerme dél y saludarlo, poniendo los ojos, no en el mal que me hizo, sino en el daño que alguna vez me libró; conociendo por de mas precio el bien que allí entonces dél recibí, que pudo importar lo que me llevó. Y paga mal el que con grandes ventajas no satisface la gracia recibida; demás que la liberalidad supone generoso espíritu, y es de tal precio, por traer su origen del cielo, que siempre se halla en los ánimos destinados para él. No pude resistirme sin hablarle con amor, ni él de recibirme con lágrimas, que vertiéndolas por todo el rostro, se vino á mis pies, abrazándose con el estribo y pidiéndome perdón de su yerro; dándome gracias de que nunca, estando preso, lo quise acusar, y satisfaciones de no haberme visitado luego que salí de la cárcel, dando culpa dello á su corto atrevimiento y larga ofensa; empero que para en cuenta y parte de pago de su deuda, queria como un esclavo servirme toda su vida. Yo que siempre le conocí por hombre de muy gallardo entendimiento, vivo de ingenio, aunque por el mismo caso un perdido, empero dispuesto para cualquier cosa, holguéme con su ofrecimiento; así caminamos poco á poco en buena conversacion. Aunque verdaderamente yo sabia ser aquel muy gran ladrón y bellaco, túvelo por de menor inconveniente que necio; que nunca la necesidad anduvo sin malicia, y bastan ambas á destruir no una casa, empero toda una república; porque ni el necio supo callar, ni el malicioso juzgar bien; y si como siente habla el escándalo y los trabajos están ya de las puertas adentro de casa. Parecióme que si de alguno quisiera servirme, habiendo pocos mozos buenos, que aqueste seria menos malo, supuesto que por sus mañas me habia de hacer, como si fuera lacedemonio, traer la barba sobre el hombro; y era de menor inconveniente servirme dél que de otro no conocido; pues dél sabia ya ser necesario guardarme, y con otro pareciéndome fiel, me pudiera descuidar y dejarme á la luna.

Con esto y que ya mis prendas eran pocas, en que pudiera lastimarme mucho, lo admití en mi servicio. Preguntóme qué viaje llevaba, respondióme que á Florencia, por satisfacer el deseo de lo que della me decian, y él me dijo: «señor, aun habrá sido poco, respeto de la verdad, porque la relacion de lo curioso y bueno jamás llegó á henchir aquel vacío. Algun tiempo he residido en ella, pero siempre como si entrara el mismo dia, por las varias cosas que á cada paso allí se ofrecia que ver, y de mi voluntad nunca la dejara, si amigos no me obligaran á ello.» Comencéle á preguntar de algunas cosas de su principio y fundacion; él me dijo: «pues el tiempo de caminar es ocioso y la relacion de lo que se me manda breve, diré lo que por curiosidad y con verdad he sabido.» Comenzó á discurrir luego desde las guerras civiles, á quien Catalina dió principio entre los de Fiesole y florentines, las pérdidas que tuvieron, ya los del bando romano, ya su enemigo Bela Totile. Cómo en tiempo del papa Leon III, el emperador Carlomagno envió un grueso ejército contra los fiesolanos, dejando á Florencia reedificada en poder de los florentines, hasta que el papa Clemente VII y el emperador Carlos V por fuerza de armas la ganaron, para restituir en su antigua posesion, de que habia sido despojada la casa de los Médicis, que sucedió en el año 1529, y cómo desde allí en adelante siempre fueron gobernados por la cabeza de un príncipe. Y aunque se les hizo á los principios algo áspero, ya están desengañados y conocen con cuánta mayor quietud viven debajo de su amparo, con seguridad en sus haciendas y vidas. Díjome que el primero que tuvieron fué Alejandro de Médicis, que verdaderamente se pudo bien llamar Alejandro, por su mucha benignidad, magnanimidad y esfuerzo, aunque violentamente lo perdió en lo mejor de sus

días. A este sucedió un valeroso Cosme, gran duque de Toscana, cuya memoria, por sus heroicos hechos y virtudes, por su cristiandad y buen gobierno, será eterna. Quedó en su lugar Francisco, al cual por haber fallecido sin heredero sucedió en la corona el famoso Ferdinando su hermano, vivo retrato de Cosme su padre, y su heredero en estados y virtudes. Hoy gobierna con tanto valor de ánimo y prudencia, que no se sabe de señor su igual que sea mas de voluntad amado de su gente.

Si la relación fuera un poco mas larga, fuera necesario dejarla para otro día; porque parece que la midió con el tiempo, pues ya estábamos tan cerca de la noche como de la posada. Entramos á descansar, y otro día tomando la mañana por llegar temprano á Florencia, nos dimos un poco de mas prisa en el camino. Cuando llegamos á vista della, fué tanta mi alegría, que no lo sabré decir, por lo bien que me pareció de lejos, que aunque no lo estaba mucho, á lo menos descubríla de alto á bajo. Consideré su apacible sitio, vi la belleza de tantos y tan varios chapiteles, la hermosura inespugnable de sus muros, la majestad y fortaleza de sus altas y bien formadas torres: parecióme todo tal, que me dejó admirado. No quisiera pasar de allí ni apartarme de su lejos, tanto por lo que alegraba la vista, cuanto no hacerle ofensa de cerca, si acaso (como todas las mas cosas) desdijese algo de aquella tan admirable perspectiva. Mas considerando ser aquella la caja, vine á inferir que sin duda sería de mayor admiración lo contenido en ella. Y no fué menos; porque cuando á ella llegué y vi sus calles tan espaciosas, llanas y derechas, empedradas de lajas grandes, las casas edificadas de hermosísima cantería, tan opulentas y con tanto artificio labradas, con tanto ventanaje y arquitectura, quedé confuso, porque nunca creí que había otra Roma. Y bien considerado su tanto, le hacía muchas ventajas en los edificios; porque los buenos de Roma ya están por el suelo, y poco hay en pie que no sean sombras de lo pasado, ruinas y fragmentos. Pero Florencia todo es flor, todo está vivo, tan costoso y bien tratado, que dije á Sayavedra: «sin duda si los habitantes desta ciudad son tan curiosos en el adorno de sus mujeres como de sus casas, que son las mas bienaventuradas de cuantas tiene la tierra.» Púsome tal admiración, que quisiera con mucho espacio quedarme mirando cada uno de aquellos edificios; mas como por acercarse la noche no diese á mas lugar el día, fué forzoso recogernos á la posada.

No tardamos en llegar á una donde nos acariciaron con tanto regalo, que verdaderamente no lo sabré bien decir, como lo debo encarecer: tanta provision, limpieza, solicitud, y afabilidad y buen tratamiento. En esto estaba tan cebado, que casi me hiciera poner en olvido lo que mas deseaba. Pasóme aquella noche sin sentirla; no se me hizo media hora, gracias á la buena cama; y á la mañana (bien que con dolor de mi corazón, que aquel entonces era mi monte Tabor) llamé á Sayavedra que me diera de vestir, y para que, como tan curial en aquella ciudad, me fuera enseñando las cosas curiosas della, en especial y primero la iglesia mayor; porque después de oída misa y encomendándonos á Dios, todo se nos hiciese dichosamente. Llevóme allá, y cumplida nuestra obligación, estúveme bobo mirando aquel famosísimo templo y edificio del cimborio que llaman allá cúpula, que mejor la llamarán cópula, por parecerme, y no á mi solo, sino á cuantos la ven, haberse juntado para ella toda la arquitectura que hay escrita, y mejores maestros della, teóricos y prácticos. Tan milagroso artificio, tal grandeza, fortaleza y curiosidad, sin duda, ni agravio de cuanto se conoce hoy fabricado, se le puede dar lugar de octava maravilla. Consideré aquí quien algo desto sabe, para cuatrocientos y veinte palmos que tiene de alto la capilla sola sin el remate de arriba, qué diámetro habrá menester, y en ello conocerá cuál sea.

Otro viaje hice á la Anunciata, iglesia deste nombre, por una imagen que allí está pintada en la pared, que mejor se pudiera llamar cielo, teniendo tal pintura de la encarnación del Hijo de Dios; la cual se tiene por tradición haberla hecho un pintor tan estremado en su arte, como de limpia y santa vida. Pues teniendo acabado ya lo que allí se ve pintado, y que solo restaba por hacer el rostro de la Virgen señora nuestra, temeroso si por ventura sabría darle aquel vivo que debiera, ya en la edad, en la color, en el semblante honesto, en la postura de los ojos, en esta confusión se adormeció muy poco, y en recordando, queriendo tomar los pinceles para con el favor de Dios poner manos en la obra, la halló hecha. No es necesario aquí mayor encarecimiento, pues ya la hubiese milagrosamente obrado la mano poderosa del Señor, ó ya los ángeles, ella es angelical pintura. Y á este respeto, considerando lo restante della que el pintor hizo, se deja entender el espíritu que tendrá, por el del artífice que mereció ser ayudado de tales oficiales. Tantos milagros hace cada día, es tanto el concurso de la gente que le tiene devoción, y tanta la limosna que allí se distribuye á pobres, que me maravillé mucho cómo no eran ricos todos.

Por ellos me vino á la memoria entonces el otro que me dijeron haber dejado la famosa manda de la albarda, haciéndoseme poco cuanto en ella se halló, respeto de lo que pudo ganar y dejar un tal supuesto. Y como sea notoria verdad que *el hijo de la gata ratones mata*, mil veces me ocurrieron á la memoria cosas de mi mocedad: que si como llegué á Roma, hubiera venido allí con mis embelecios, tiña, lepra y llagas, pudiera dejar un mayrazgo. Consideré también qué pocos dellos eran curiosos, ni políticos, qué burdos y de poco saber, en respeto de los de mi tiempo; y como les entrevaba la flor, burlábame dellos. Gustaba de verlos, y quisiera de secreto reformarlos de mil imperfecciones que tenían. ¿Quién vió nunca que pobre honrado, buen oficial de su oficio ni aun razonable, tuviese cuando mucho mas de hasta seis ó siete maravedis ó cosa semejante, y no de mas valor en el sombrero? Ni caudal que se le pudiese decir lo que allí á muchos, que ya les bastaba para comer aquel día con aquello, que se fuesen y dejasen á los otros mas pobres? ¿Cuándo cupo en algun entendimiento de pobre, sino fuese pobre del entendimiento, aunque fuese principiante de dos meses de nominativos, tener un pan debajo del brazo, ni estar, como vi á otro, con un palillo de dientes en la oreja? Entre mí dije: ó ladrón pobre, traidor á tu profesion, ¿luego tanto comes que te puede quedar algo entre los dientes? Ninguno vi que supiese donde iba tabla, no acomodaban cosa en su lugar, ni tiempo conforme á ordenanza; todo se les iba en meter letra y no entonaban un punto. Allí reconocí un mozuelo de tiempo de moros: ya estaba hambrecillo, solo era este que quien algo sabia respeto de los otros; y á fe que quisiera yo tener puestas las manos donde tenía su corazón. Sin duda estaría riquillo: fué hijo de padres que pudieron dejarle mucho, eran muy gentiles maestros, era pobre de vientre y lomo, legitimo en todo; empero como todo requiere curso, y allí la justicia no les permitía tener academias, faltando los ejercicios y conclusiones, pueden echarse todos en un lodo con su bribiática.

Conocilo, y no me conoció; púdome bien decir, *tal te veo que no te conozco*. ¿Qué tentación tan terrible me vino de hablarle! Mas no me atreví. Díjele á Sayavedra: «¿ves aquel pobre? Aquel me puede hacer á mí rico.» Preguntóme: «¿pues cómo pide limosna?» Y díjele: «después que una vez los hombres abren las bocas al pedir, cerrando los ojos á la vergüenza, y atan las manos para el trabajo, entullecendo los pies á la solicitud, no tiene su mal remedio. Vilo en una pobre de mi tiempo, la cual como se hubiese venido á Roma perdida, mozueta, enferma, comenzó á pedir, y llegando á estar sana, recia como un toro, también pedía; decíanle que sirviese, y decía que te-

nia mal de corazón, que se caía por el suelo cuando le daba, y hacia pedazos cuanto cerca hallaba. Con esto en ganaba y pasó algunos años, al fin de los cuales, preguntando á uno que le dijo ser de su tierra, si conocía en ella sus padres, y diciéndole ser muertos y haber dejado mucha hacienda, se puso en camino, por la herencia; y fué tanta, que trataron de pedirla por mujer muchos hombres principales, y algunos de razonable hacienda (que no hay hierro tan malo que no pueda darse, todo lo cubre y tapa el oro), casóse con uno de muy buena parte y talle. Hallábase la mujer tan violentada no pidiendo limosna, que se iba secando y consumiendo, sin que los médicos atinasen con la enfermedad que tenía, hasta que se curó ella misma fingiéndose hipócrita, diciendo que por humildad quería pedir limosna para lo que había de comer, y andaba por su casa entre sus criados de uno en otro mendigando; y porque todos le daban, aun aquello le causaba pena. Encerrábase dentro de una cuadra, donde tenía retratos, y pedales limosna también á ellos. Desto se admiró Sayavedra mucho.

De allí me llevó á la plaza de palacio, donde vi en medio della un valeroso príncipe, sobre un hermoso caballo de bronce, tan al vivo y bien reparado, que parecían tener armas y movimiento. A mí parecer no supe ni me atreví á juzgar cuál de los dos fuese mejor, aquel ó el de Roma; empero inclinéme, con mi corto saber, á dar á lo presente la ventaja, no por tenerlo presente, sino por merecerlo. Pregunté á Sayavedra, cuyo retrato era del caballero, y díjome: «aquesta figura es del gran duque Cosme de Médicis, de quien por el camino vine tratando; mandólo aquí poner á perpetua memoria el gran duque Ferdinando, su hijo, que hoy es.» Quise saber, por curiosidad, qué altura tendría todo él; y, como no pude alcanzar á medirlo, me informaron, y lo parecía, que desde el suelo hasta lo mas alto de la figura tendría cincuenta palmos á poco mas ó menos. A la redonda desta plaza estaban otras muchas figuras de bronce vaciadas, y otras de mármol fortísimo, tan artificioosamente obradas, que ponen admiración, dejando suspenso cualquier entendimiento, y mas cuanto mas delicado, sino solo al que sabe lo que aquesto sea.

Después visitamos el templo de San Juan Bautista, dignísimo de que se haga dél particular memoria, por serlo en su traza y mas cosas; el cual supe haberse fundado en tiempo de Octaviano Augusto, y haber sido dedicado á Marte. Allí me detuve viendo su antigüedad y fundación; pues dicen dél y se tiene por tradición y razones de su fundación, que será eterno hasta la consumación del siglo, y púdesele dar crédito, pues con tantas calamidades no lo tiene consumido el tiempo ni las guerras, habiendo sido aquella ciudad por ellas assolada, y quedado solo él en pie y vivo. Es ochavado, grande, fuerte y maravilloso de ver, en especial sus tres puertas, que cierran con seis medias, todas de bronce, y cada una vaciada de una pieza, labradas con historias de medio relieve, tan diestramente, como se puede presumir de los artífices de aquella ciudad, que hoy tienen la primacía dello en lo que se conoce de todo el mundo. También tiene otra grandeza, y es, que habiendo en Florencia cuarenta y una iglesia parroquiales, veinte y dos monasterios de frailes, cuarenta y siete de monjas, cuatro recogimientos, veinte y ocho casas de hospitalidad, y dos del nombre de Jesus, en parte alguna dellas no hay pila de bautismo, sino solo en San Juan, y en ella se cristianan todos los de aquella ciudad, tanto el comun, como los principales caballeros y primogénitos del mismo príncipe.

Poco á poco, en el discurso del tiempo que allí estuve, fuimos visitando las mas iglesias: eran de tanto primor, tienen tanta curiosidad, que no es posible referir aun muy poco, en respeto de lo mucho dellas, ni el entendimiento es capaz de aprenderlo, segun ello es, menos que con la vista; porque haber de hacer memoria de tanta máquina,

y en cada cosa de tantas, tan particulares y sutiles menudencias, tan excelentes pinturas y esculturas enteras y de medio relieve, fuera necesario hacer un muy grande volumen, y busearles otro cronista para saber engrandecerlas algo. Tiene allí el gran duque una casa y jardín que llaman el palacio de Pati, cuya escelencia, grandeza y curiosidad, así de jardín, como de fuentes, montes, bosques, caza y aposento, puede sin encarecimiento decirse dél ser cosa real y grande; tal, que puede competir con otro cualquiera de su género de las de toda la Europa. No quise dejar de saber y ver la cerca desta ciudad, que tan admirable riqueza encierra, y hallé tener en circuito cinco millas, muy poco mas ó menos, tiene diez puertas y cincuenta y una torres. Toda la ciudad está del muro dentro, que no tiene arrabales. Pasa por medio della el rio Arno, encima del cual hay cuatro famosísimas puentes, labradas de piedra, fuertes y espaciosas. Y siendo lo dicho en todo extremo bien hecho, compite con ello el buen gobierno, costumbres y trato general.

Con justísima razón se llamó Florencia, como flor de las flores y flor de toda Italia, y donde florecen mas tantas cosas en junto y cada una en singular: las artes liberales, la caballería, las letras, la milicia, la verdad, el buen proceder, la crianza, la llaneza, y sobre todo, la caridad y amor para con forasteros. Ella, como madre verdadera, los admite, agrega, regala y favorece mas que á sus propios hijos, á quien á su respeto podrán llamar madrastra. El tiempo que allí residí, vine á inferir por los efectos las causas, conociendo cuáles eran los habitantes, por la política con que son gobernados, y en la observancia que á sus leyes tienen, y en cuán inviolablemente son guardadas. Allí verdaderamente se saben conocer y estimar los méritos de cada uno, premiándolos con justas y debidas honras, para que se animen todos á la virtud, y no estimen los príncipes á pequeña gloria que deben conocerla por la mayor que se les puede dar, cuando se dice dellos que con sus famosas obras compiten las de sus vasallos. Conoció juntamente ser verdad lo que me había referido Sayavedra, cerca de los ánimos encontrados: allí ví algo de lo mucho que sobra en otras partes, invidia y adulación, que todo lo andan, y siempre residen donde hay deseos de privanzas, y por acrecentarlas, en grave daño de todos, unos y otros. Finos contadores de lo ajeno, lindos géometras para delinear lo que cada uno puede y lo que no puede. Quédese aquí esto, que pues con tanta perfección se ha pintado una ciudad tan ilustre y generosa, no ha sido buena consideración haberla tiznado con un borron tan feo.

## CAPITULO II.

Guzmán de Alfarache va en seguimiento de Alejandro, que le hurtó los bales, llega en Bolonia, donde lo hizo prender el mismo que los había robado.

En Florencia me comí todo el caballo que saqué de casa del embajador mi señor, y una mañana me almoreé las herraduras; digo que para venderlo mandé que se herrase de nuevo, y las que me quedaron en casa viejas, las vendió Sayavedra, y almorzamos. Si la hereje necesidad no me sacara de allí á coces y rempujones, fuera imposible hacerlo de mi voluntad en toda mi vida: quiero decir, á ley de creo; porque había ya tomado bien la sal y sonado la tierra. No sé después lo que hiciera, porque al fin *todo lo nuevo aplace*, y mas á quien como yo tenía espíritu deambulativo, amigo de novedades; así lo juzgaba entonces por la mucha razón que para ello tuve de mi parte. Yo llegué allí por tiempo de festines, traíame otros mozos floreado de casa en casa, de fiesta en fiesta, de boda en boda, en una bailaban, en otra tañían, aquí cantaban, acullá se holgaban, todo era placer y mas placer, un regocijo de vale y ciento al envite. No se trataba en todas partes otra cosa que loables ejercicios

y entretenimientos, muchas galas y galanes, muchas hermosas damas con quien danzaban, gallardísimos tocados, ricos vestidos y curioso calzado, que se llevaban tras de sí los ojos y las almas en ellos. ¡Ved qué negro adobo para que no se dañe el adobado! *Si no bebo en la taberna, huélgome en ella: no hay hombre cuerdo á caballo*, y menos en el desbocado de la juventud. Era mozo, al fin, y como la vejez es fría y seca, la mocedad es muy su contraria; caliente y húmeda. La juventud tiene la fuerza, y la senectud la prudencia; todo está repartido, á cada cosa su necesario; y aunque casi siempre lo vemos viejos mozos, por maravilla se hallan mozos viejos; y aun digo que sería maravilla, como hallar un peral que llevase peras por navidad: en Castilla digo, porque no me cojan por ceca los de otras tierras que no conozco. Váyase dicho, que siempre voy hablando con el uso de mi aldea; que yo no sé cómo baila en la suya cada uno. Vuelvo á mi cuento.

Érame importantísimo salir de Florencia, huyendo de mí mismo, sin saber á qué ni adónde, no mas de hasta dejar consumidas aquellas pobres y pocas monedas que me quedaron, y la cadenilla de memoria, que á fe que nunca se me apartaba punto della, pensando en la hora que había de blanquearla; y como se me dió con amor, pesábame que forzoso había de tratarla presto con rigor. Quisíerla conservar si pudiera, no apartándola de mí; mas casos hay en que pueden los padres empeñar á sus hijos. Paciencia; haré cuanto pudiere, y á mas no poder perdone, que quien otro remedio no tiene y fuerza se le ofrece, mayores daños comete. Luchando andaba conmigo mismo, cruel guerra se traba de pensamientos en casos tales. Consideraba de mí en qué había de parar, con qué me había de socorrer. ¡Válgame Dios! ¡qué apretado se halla un corazón cuando no lo está la bolsa! ¡Cómo se aflojan las ganas del vivir cuando á ella se le aflojan los cerraderos! Y mas en tierras extrañas y resuelto de olvidar malas mañas; no sabiendo á qué lo ganar, y faltando de donde poderlo haber; careciendo de persona y amigos á quien atreverme á pedir, y lejos de pensar engañar; que si me quisiera dar á ello, no era necesario tanto trabajo ni cuidado. Cortada tenía obra para todo el año; donde quiera que llegara no me había de faltar en que me ocupar, que Dios loado, lo que una vez cobré nunca lo perdí, solo el uso desamparé, que las herramientas del oficio nunca las dejé de la mano, conmigo estaban do quiera que iba.

Salí de Roma con determinación de ser hombre de bien, á bien ó mal pasar; deseaba sustentar este buen deseo, mas como de aquestos están los infiernos llenos, ¿de qué me importaba si no me acomodaba? *Fe sin obras es fe muerta*. Ya tenía mozo, ved qué buen aliño para buscar amo; habíame acostumbrado á mandar, ¿cómo quereis que me humille á obedecer? Paréceme (aun á mas de dos, que no creo haber sido solo en el mundo) que fuera hombre de bien, si con aquel toldo que llevaba, con el punto en que me via, viera que no me faltaba, y que para sustentar aquel ánimo generoso tuviera muchos dineros con que dilatarlo, aunque de milagro pusiera un santo el caudal para ello; y aun entonces no sé qué me diga; creo que fuera milagro en mí para en aquel tiempo. Era mozo, criado en libertades, acostumbrado antes á buscar las ocasiones que á huirlas: mal pudiera con buenos deseos perder mis malas inclinaciones.

¶ Dice la señora doña (como es su gracia): «yo sería buena y honesta, sino que la necesidad me obliga mas de cuatro veces á lo que no quisiera.—En verdad, señora, que miente vuesa merced, que si quiere.— ¡Oh! que lo hago contra mi voluntad, que no soy á tal inclinada.—En buena fe, si es que yo se lo veo en los ojos; porque si los quisiera quitar de la ventana para ponerlos en la rueda ó almohadilla, quizá que pudiera pasar.—No son ya las manos de las mujeres tan largas que puedan á tanto: comer,

vestir y pagar una casa.—Téngalas vuesa merced largas para querer servir, y daránle casa y de comer y dineros con que se vista.—Bueno es eso; ¿pues decís vos que no quereis entrar á servir y téngalo yo de hacer, que soy mujer?—Eso mismo es lo que digo, que vuesa merced y yo la señora Fulana no queremos poner caudal, sino que todo se haga de milagro.» Terrible animal son veinte años; no hay batalla tan sangrienta ni tan trabada escaramuza como la que trae la mocedad consigo. Pues ya, si trata de querer apartar de vicios, terribles contrarios tiene; con dificultad se vence por las muchas ocasiones que se le ofrecen, y ser tan propio en ellos caer á cada paso, no tienen fuerza en las piernas ni saben bien andar. Es bestia por domar, trae consigo furor y poco sufrimiento; si un buen propósito llega, desbarátanlo cien malos, que aun poner los pies en el suelo no le dan sosiego, no le consenten afirmar en los estribos, no se deja ensillar de todos, y enfréanla muy pocos; no quiere que la lleven tan apriesa ni por la senda que yo pensaba. ¶

¶ Estaba todavía metido en el cenagal de vicios hasta los ojos (porque aunque no los ejercitaba, nunca los perdí de vista), y quería no hacer corcovos con la carga. El novillo, cuando se doma, primero lo vencen á brazos, dando con él en el suelo, después le atan en el cuerno una sogá, que le dejan traer arrastrando algunos días, y cuando lo quieren poner al yugo lo juntan con un buey viejo ya diestro en el oficio; así lo enseñan, yéndolo disponiendo poco á poco. El mozo que tratare de querer ser viejo deje mis pasos y trate de vencer pasiones, dispóngase al trabajo, y á fuerza de su voluntad rindala en el suelo, vendiendo viejos deseos; átese una sogá de sufrimiento y humildad que arrastre por algunos días los malos apetitos, gastando el tiempo en virtuosos ejercicios, que á pocos lances llegará santamente al yugo de la penitencia, y con las buenas compañías hará costumbre al arado, con que romperá la tierra de malas inclinaciones; que pensar alcanzarlo de un salto ni que aproveche un solo, yo quisiera; dígaselo á otro como él y de su tamaño, que yo ya sé que no quiere; que los que quieren, otros medios mas eficaces ponen. ¡Piensa por ventura ó aguarda que rompa Dios los cielos, para dar con él por el suelo misteriosamente como S. Pablo? Pues no lo aguardé por ese camino, que es un tonto, barto le derribó cuando le dió la enfermedad; cuando lo puso en el trabajo y cuando le tocó en la honra: si entonces ó agora reparara en ello, lo mismo fué y nunca quiso ni quiere decir: Señor, ¿qué quieres que haga, que aquí me tienes dispuesto á tu voluntad? ¿No quereis ser vos Pablo para Dios, y aguardais que sea Dios para vos? Y si con S. Pablo lo hizo, fué porque le conoció un escesivo deseo de acertar, que como celador de la ley lo hacía. ¶

¶ Y no se sabe de alguno que con intención sin obra se haya salvado: ambas cosas han de concurrir, intención y obra: digo, si hay tiempo de obrar, que obra sería firme intención con dolor de lo pasado, para quien se le llegase la noche de la muerte y acabase luego; empero habiendo día para poder trabajar en la viña, todo ha de andar á una, que ni el azadon solo ni las manos faltas de instrumento podrán cavar la tierra; manos y azadon son menester. ¿Quién me ha metido en esto? ¿No estaba yo en Florencia muy á mi gusto? Vuélvome allá, y prometo segun en ella me iba, que de muy buena gana plantara en ella mis colonas, no buscando *plus ultra*; porque toda en todo era como así me la quiero, parecíome muy bien. Y si adulaciones ó invidias había, por otra cuenta corrían, que no era yo de los comprendidos en el decreto; no tenía para qué meterse Judas con la limosna de los pobres, pues dello no me paraba perjuicio, no teniendo en palacio pretensiones; y si nada me habían de valer, no las había menester usar, si nunca las quisie tratar, parecíndome siempre uno de los mas graves y ocasionados daños de cuantos

he conocido. Porque un solo adúlador basta no solo á destruir una república, empero todo un reino. Dichoso rey, venturoso príncipe aquel á quien sirven con amor, y se deja tratar de su pueblo, que solo él sabrá verdades con que podrá remediar males y carecer de aduladores. Allí viviera yo y lo pasara como un duque, si tuviera con qué. No será menester que lo jure, que por mi simple palabra puedo ser creído. Faltábame ya el caudal, que *del monton que sacan y no ponen presto lo descomponen*. Si allí estuviera mas, viniera presto á menos, y fuera indecencia grande haber entrado á caballo y verme salir á pié. ¶

Tomé por consejo sano sustentar mi honor, yéndome de allí con él y por mi gusto, antes que forzado de necesidad viniese á descubrirla, obligándome á quedar por faltarme con que poder partir. Dile parte deste pensamiento á Sayavedra, que como ya no conocía mi paradero, y que ninguna compañía en el mundo fuera mas á mi propósito que la suya para la mía, ibalo disponiendo poco á poco, porque después no viera visiones y se le hiciera novedad lo que me viesse hacer, y díjome: «señor, un remedio se me ofrece para lo presente, no costoso ni dificultoso, antes muy fácil, y que podría importar algo el provecho. Si de cualquiera manera se ha de salir de aquí, sin ser necesario mas por una puerta que por otra, pues por cualquiera salen á ver mundo, tomemos el camino de Bolonia, tanto por estar de aquí muy cerca, y veremos aquella insigne universidad, cuanto porque de canino podría ser que la buena ventura nos encuentre con Alejandro Bentivoglio, aquel mi amo que se llevó el hurto, que si allí lo hallamos, como lo tengo por cierto, cierto será cobrarlo; porque con la informacion hecha en Siena, no hay duda que cuando por bien se deje de cobrar, por mal han de pagar él ó su padre.» No me pareció mal consejo, asentóseme de cuadrado, sin mas consideracion que representásemle la fuerza de la justicia; que pues en ello no había duda la menor del mundo, apenas había llegado y comenzado á tratar dello, cuando las manos cruzadas me salieran á cualquier partido, dándome alguna parte, ya que no fuera el todo, tanto por ser gente principal su padre y deudos, como porque por ningún caso habían de permitir que se tratara en tela de juicio caso tan feo.

¶ Quereis oír una estrañeza? ¿Veis cuán bella, cuán afable y de mi deseo era Florencia? En este punto arqueaba ya en oyéndola mentar. Hedióme, no la podía ver, todo me pareció mal hasta verme fuera della. Ved qué hace la falta del dinero; que aborreceréis en un punto las cosas que mas amais, cuando no teneis con que valeros á vos ni á ellas. Ya me parecia que no tenía el mundo ciudad como Bolonia, donde apenas habría metido los pies, cuando me dieran mi hacienda, tuviera que gastar y mocitos estudiantes, gente de la hampa, de mi talle y marca, con quien pudiera darme tres ó cuatro filos cuando quisiera. Y aun pudieran caer de modo los dados que pasara fácilmente con mis estudios adelante, pues lo que me hizo enseñar el cardenal mi señor aun estaba en su punto; y sin duda que pudiera bien ser preceptor en aquella facultad, y ganar de comer con ello siquiera y me fuera necesario. Mas poneos á eso, arrojaos una loba, estando cansado de arrastrar la sogá. En resolución, yo la tomé de hacer este viaje muy apriesa, y así lo puse por obra luego en un pensamiento.

Quando á Bolonia llegamos una noche, lo mas della no dormimos, porque se nos pasó en trazas, y díjome Sayavedra: «señor, á mí no me conviene parecer ni ser visto por algun modo, en especial á los principios, hasta ver cómo se pone la herida. Porque si Alejandro está en la ciudad, y sabe que yo he venido á ella, siendo como soy tan conocido, ha de procurar saber á qué y con quién: de donde podría resultar que se ausente de la ciudad; y no habremos hecho nada; ó que sospechando que yo fui la causa de aqueste viaje y de su infamia, me quite la vi-

da, y ninguna de ambas cosas nos viene á cuento ni nos está razonable. Demás, que si el negocio ha de llegar á tela de juicio, han de asir de mí el primero. Y no se ha de permitir (supuesto que preso no puedo ser de algun provecho) que me resulte mas daño del pasado. Lo que luego de mañana se debe hacer es preguntar por él y procurarlo conocer; y hecho esto, iremos después tomando consejo con el tiempo. No me pareció malo este: salí por la ciudad, y pocos pasos y menos lances, me lo señalaron con el dedo; y no fuera necesario, que por solo el vestido supiera yo quien era. Estaba con otros mancebitos á la puerta de una iglesia, no creo que salía ni trataba de entrar á oír misa, que mas me pareció estar allí registrando á quien estaba. ¿Digo algo? ¿Tendría remedio esto? ¿No nos bastan las plazas y calles de todo el pueblo, que lo traemos escandalizado con señas y paseos, y quizá otras cosas de peor condicion, sin que no perdones aun el templo?

Vamos adelante, no saltemos de la misa en el sermón. Parecióme que no estaba con mucha devocion, porque hablaban mucho de mano, y de cuando en cuando daban grande risa. Tenía puesto un jubon mio de tela de plata, y un colete aderezado de ámbar, forrado en la misma tela, todo acuchillado y largueado con una sevilanilla de plata, y ocho botones de oro con ámbar al cuello, todo lo cual me había presentado un gentilhomme napolitano, por cierto despacho que le solicitó con el embajador mi señor. Cuando se lo conocí, á puñaladas quisiera quitárselo del cuerpo, segun sentí en el alma, que prendas tan de la mia hubiesen pasado en ajeno poder contra mi voluntad. Vime tentado por llegar á dárselas; empero dije: «no, no, Guzmán, eso no; mejor será que tu ladron se convierta y viva, porque viviendo te podrá pagar, y si lo matas, pagarás tú. De mejor condicion serás cuando te dehan, que no cuando dehas. Mas fácil te será pagar que cobrar. No te hagas reo si tienes paño para ser actor. Poco á poco, vamos á espacio, que nadie corre tras de nosotros; y si ley hay en los naipes, el parto viene derecho con mi buena ventura. El pájaro se asegure por agora, que es lo que importa; no espantemos la caza, que ciertos son los toros; el hurto está en las manos, no hay neguilla; por Dios, que ha de cantar por bien ó por mal, decírnos tiene quién lo puso tan gallardo, y en qué feria compró el vestido.» Con esto me volví á la posada, y díjele á Sayavedra lo que había visto. Teníame aderezada la comida, púsome la mesa, y después de alzada, fuimos fabricando la red para la caza. Dimos en unos y otros medios, y el buen Sayavedra titubeaba, no las tenía consigo todas; ya le pesaba del consejo, temiendo el peligro. Ultimamente concluyóse, que la paz era lo mejor de todo, *que mas valia pájaro en mano, que buey volando*, y de menor daño, *mal concierto que buen pleito*.

Fuimos de parecer, que yo por un tercero hiciese hablar á su padre dándole cuenta del caso, remitiéndolo á su voluntad, como mejor se sirviese, y de manera que no me obligase á tratar de cobrarlo con rigor, pues evidentemente aquella era hacienda mia. Hicelo así, busqué persona que con secreto y buen término se lo dijese; mas como donde hay poder asiste las mas veces la soberbia, y en ella está la tiranía, no solo no quiso que se tratase de medios, mas aun lo hizo punto de menos valer; tomolo por caso de honra que se tratase dello. Fingióse agraviado, aunque bien sabía que verdaderamente yo lo estaba, y sin dar alguna esperanza ni buena palabra, despidió á mi mensajero. Quando aquesto supe, me corrieron mil malas imaginaciones. Mas como no se ha de dar mal por mal, apaciguéme con las pasadas consideraciones, y determinéme hablar á un estudiante jurista de aquella universidad, que me informaron tener buen ingenio, al que haciéndole relacion del caso, como por ser el padre persona tan poderosa temí el suceso, que me diese parecer en lo que debía hacer. El me dijo: «señor, ya es conocido Alejandro en

esta ciudad; sábese quién es y su trato, que bastaba en otra parte para información; demás que lo que decis es tanta verdad, cuanto á nosotros todos nos consta della. Justicia teneis, y me parece que la pidais. Ya en toda Bolognia se sabe de vuestro hurto, porque luego como aquí llegó con él, se conoció ser ajena ropa, tanto porque la hizo aderezar á su talle, cuanto porque de allí no sacó algunos borregos que vender para poder con lo procedido comprar lo que trujo. Y aun otro compañero de quien él se fió, le hurtó buena parte dello; por ganar también parte de los perdones. En lo que pudiere de mi oficio serviros, lo haré de muy buena gana.» Con esto escribió la querrela conforme á mi relación, y presentéla luego ante el oidor del Torron, que es aquí el juez del crimen.

Ya sea lo que se fué, si el mismo juez ó si el notario, no sé quién, por dónde ó cómo, al instante mi negocio fué público, al padre le dieron cuenta del caso, y como quien tanta mano allí tenia, se fué al juez, y crimiándole mi atrevimiento, formó querrela de mí, que le infamaba su casa, de lo cual pretendia pedir su justicia para que fuese yo por ello gravemente castigado. Ello se negoció entre los dos, de manera que me hubiera sido mejor haber llamado: el hombre tenia poder, el juez buenas ganas de hacerle placer, poco achaque fuera mucha culpa; que siempre suelen amor, interés y odio hacer que se desconozca la verdad; y con el soborno y favor, pierden las fuerzas, la razon y justicia. Yo escupí al cielo, volviéndose las flechas contra mí, pagando justos por pecadores. Mucho daña el mucho dinero, y mucho mas daña la mala intencion del malo. Empero cuando se viene á juntar mala intencion y mucho dinero, mucho favor del cielo es necesario para sacar á un inocente libre de sus manos. Librenos Dios de sus garras, que son crueles mas que de tigres ni leones; cuanto quieren hacen y salen con cuanto desean. ¡Oh, quién les pudiera decir ó hacerles entender lo poco que les ha de durar!

Mandóme dar el juez un muy limitado término, imposible para poder hacer la información. ¿Quién vió nunca restringirle al actor los términos, principalmente habiendo alegado que la información del caso estaba en Siena, de donde se había de compulсар, y era imposible traerse de otra manera? Ni por esas; pagar teneis aunque os pese. A este propósito, antes de pasar adelante, diré lo que aconteció en una villeta del Andalucía. Repartióse cierto pecho entre los vecinos della para una poca de obra que hicieron, y en el padron pusieron á un hidalgo notorio, el cual como agraviado se quejaba dello; mas con todo eso no lo horraron. Cuando al tiempo del cobrar fueron á pedirle lo que le habian repartido, no quiso darlo, y en defeto dello le sacaron una prenda. El hidalgo se fué á su letrado, hizole una petición fundada en derecho, en que alegaba su nobleza, y que conforme á ella no se le pudo hacer algun repartimiento, que le mandasen volver lo que le habian sacado. Cuando esta petición llevaron al alcalde, habiéndola oído, dijo al escribano: *asentá que digo, que de ser hidalgo yo no se lo nego, mas es lacerado, y es bien que peche.* De tener yo justicia nadie lo duda, sabiendo todos como cosa pública; mas era pobre y es bien que peche, no era razon dármele.

Luego vi mala señal, y que trabajaba en balde; mas no pude persuadirme ni pensar que había de ser lo que vulgarmente dicen, *paciente y apaleado.* Sucedió que como no pude probar en tan breve término, quedó mi querrela desierta, y tuvo lugar la parte contraria para dar la suya de mí, diciendo haberle hecho con mi petición un libelo infamatorio contra su hijo, de que le resultaba quedar su casa y honra disfamadas; imploró, á osadas, largo y tendido, de manera que de un otrosí en otro, hinchó un pliego de papel fundando agravios, y que por ser su hijo caballero principal, quieto y honrado, de buena vida y fama, debieran abrasarme; ya dije yo entre mi cuando me lo leyeron:

ron: mejor tengan entrambos la salud que la conciencia.

De todo esto estaba descuidado, que nada sabia, hasta que yendo á hacer mis diligencias, me prendieron en medio de la calle, y me llevaron al Torron, sin otra información contra mí, mas de mi sola petición reconocida. No hay espada de tan delgados filos que tanto corte ni mal haga, como la calumnia y acusación falsa, y mas en los tiranos, cuya fuerza es poderosísima para derribar en el suelo la mas fundada justicia del humilde, mas y mejor cuando se recatara menos. Mi negocio era llano, hiciéronlo barrancoso, era público en la ciudad y fuera della, sin haber quien lo ignorase, constábase al juez, había bastante información. Todo eso es muy bueno, empero sois un gran tonto; sois pobre, faltaos el favor, no habeis de ser oído ni creído, no son estos los casos que se han de tratar en tribunales de hombres, y cuando se os ofrezca, querrelaos ante Dios, donde rostro á rostro está la verdad patente, sin que favor solicite, letrado abogue, escribano escriba, ni se tuerza el juez.

Allí me hicieron la justicia juego, y el juego de manos; castigáronme como á deslenguado, mentiroso y malo; gasté mis dineros, perdí mis prendas, estuve aherrojado y preso, tratáronme mal de palabra, diciéndome muchas muy feas, indignas de mi persona, sin dejarme aun abrir la boca para satisfacerlas. Cuando quise responder por escrito, viendo lo que conmigo allí pasó, el procurador me dejó, el solicitador no acudió, el abogado huyó, y quedé solo en poder del notario.

Solo el consuelo que tuve fué la voz general de mi agravio, consolándome como á deslenguado, mentiroso y terrible día en que maldirá el poderoso todo su poder, porque será maldito de Dios, y lo que acá dejare no llegará en tercero poseyente, por mas fuerzas que piense que le pone al vínculo, que no puede, aunque quiera, vincular las inclinaciones de los que le han de suceder, ni hay prevención que resista cuanto con la fuerza de un cabello á la divina voluntad; y es de fé, que se tiene de consumir, porque son haciendas de pobres, ganadas en ira y sustentadas con mentiras.

¿Querrásme responder, pues para ese día fialde otro tanto. ¿Tan largo se te hace, ó piensas que no ha de llegar? No sé, y si sé que se le hará presto tan breve, que digas aun agora pensé que sacaba los piés de la cama, y será ya cerrada la noche. Dirásme también: ó que ni lo cavó ni aró, también se lo halló como en la calle, por los achaques que bien sabes, de cuando sirvió al embajador. Y eso, por ventura, ¿es parte para que me lo quites? ¡No ves que, aun así como lo dices, te condenas, pues los haces iguales á los bienes de las malas mujeres, y debes entender que licitamente lo gana, no embargante que sea ilícito su trato, y se lo debes en conciencia, si te aprovechaste della y te sirvió por su interés? No solo esto es así, mas á un público salteador, de los homicidios que hizo y bienes que robó, no le puedes quitar cosa de consideración; porque ni eres tú su juez ni parte para poder contra su voluntad adjudicar lo que á los otros quitó, porque para ellos él queda reo y tú para él. Créeme que te digo verdad y verdades. Mas, ¿qué aprovecha? Pero García me llamo. Si todos anduviésemos á oír verdades y á deshacer agravios, presto se henchirían los hospitales. Pues á buena fe que me acuerdo agora que vale mas entrar en el cielo con un ojo, que con dos en el infierno; y que quiso S. Bartolomé mas llevar su pellejo desollado acuestas, que irse bueno, entero y sano á tormento eterno; y que tuvo S. Lorenzo por de mejor condición dejarse abrasar acá que allá. ¡Oh, que ni todos han de ser S. Bartolomé ni S. Lorenzo. Salvémonos, y basta. Yo me holgaría mucho dello, que no haré poco quien se salvere; mas es menester mucho para salvarte tú con la hacienda que robuste, que pudiste restituír y no lo hiciste, por darlo á tus herederos, desheredando á sus propios dueños, y no te canses ni nos canses con ha-

chillerlas, que aquesto es fe católica, y lo mas embelecos de Satanás. Miserable y desdichado aquel que por mas fausto del mundo, y querer dejar ensoberbecidos á sus hijos ó nietos, á hecho y contra derecho hinchere su casa hasta el techo, dejándose ir condenado. No son burlas, no las hagas, que presto las hallarás veras: testigo te hago de que te lo digo, y no sabes por ventura si son tus días cumplidos, ni si te queda mas vida de hasta tenerlos leídos estos que te parecen disparates. Allá te lo dirán; confía con que acá dejas capellanías y capilla de mi capa, que las misas no aprovechan á los condenados, aunque se las diga S. Gregorio; no tienen ya remedio después de la sentencia. ¡Oh, válgame Dios! ¿Cuándo podré acabar conmigo no enfadarte, pues aquí no buscas predicables ni doctrina, sino un entretenimiento de gusto con que llamar el sueño y pasar el tiempo? No sé con qué desculpar tan terrible tentación, sino con decirte que soy como los borrachos, que cuanto dinero ganan, todo es para la taberna; no me viene ripio á la mano que no procure aprovecharlo. Empero si te ha parecido bien lo dicho, bien está dicho, y si mal, no lo vuelvas á leer ni pases adelante, porque son todos montes y por rozar; ó escribe tú otro tanto, que yo te sufriré lo que dijeres. Concluyo aquí con decir, que cuando la desdicha sigue á un hombre, ninguna diligencia ni buen consejo le aprovecha: pues de donde creí traer lana, volví trasquilado.

### CAPITULO III.

Después de haber salido Guzmán de la cárcel, juega y gana, con que trata de irse á Milán secretamente.

Salí de la cárcel como de cárcel; no es necesario encarecerlo mas; pues por lo menos es un vivo retrato del infierno. Salí con deseo de mi libertad, y no hice mucho en desealarla, que á quien tan injustamente se la quitaron, causa tuvo para temer mayores daños, siéndole muy fácil de negociar al contrario cualquier demasia, pues no le fué dificultoso lo principal. Quizá piensan algunos que Dios duerme; pues aun los que no tuvieron verdadero conocimiento suyo, lo temieron y temen. Preguntándole Hisopo á Chilo, «¿qué hace Dios, en qué se ocupa?» Le respondió: «en levantar humildes y derribar soberbios.» Yo soy el malo; y pues me dieron pena, debí de tener culpa, que no es de sospechar de un honrado juez, que profesa ciencia y santidad, se querrá empachar por amistades ni dádivas ó miedos. Allá se lo hayan, juzgados han de ser, no quiero yo juzgarlos ni mas molestarlos. Quedé tan escarmentado, tan escaldado y medroso, que de allí adelante, aun del agua fria tuve miedo, ni por el Torron ó cárcel, ni cuatro calles á la redonda quisiera pasar; no tanto por la prison que tuve, cuanto por haberme visto en ella tan sin razon ofendido: no via vara de arriero que no se me antojase justicia. Desde allí propuse para siempre dejarme antes vencer que comparecer en tela de juicio, á lo menos escusarlo hasta no poder mas, y que sea mas fuerza que necesidad.

La cuenta que hago es el consejo que á otro día estando yo preso. Trujeron á la cárcel un hombre por habérsele vendido un sayo, que decían ser hurtado, y el dueño dél era muy amigo. Decía, que aunque sabia ser el preso persona sin sospecha, que le había de dar por lo menos al vendedor, porque con aquel sayo le hurtaron otras muchas cosas. Yo le dije: «dejaos de pleitos y tomá vuestro sayo, y no gasteis la capa, que os quedareis en blanco, sin uno ni otro, y el escribano lo ha de llevar todo.» No quiso, y porfiaba que había de hacer y acontecer, que le decian su procurador y letrado que tenia justicia; en resolución, anduvo mas de quince días el pleito, no se halló culpa contra el preso, probó ser hombre de bien, echáronlo libre la puerta fuera, quedando mi amigo necio arrepentido y gastado; de manera que vendió la ca-

pa, y no gozó del sayo, y aun se quedó por ventura sin jubon.

¿Déjense de pleitos los que pudieren escusarlos, que son los pleitos de casta de empletas, vanles añadiendo de uno en uno los espartos, y nunca se acaban si no los dejan de la mano. Traten dellos los poderosos, y por causas graves; que cada uno dellos tiene y puede, tirará la barra y tendránle respeto; si gasta, tiene y no le falta; empero tú ni yo, que para cobrar cinco reales gastamos quince, y se pierden ciento de tiempo, ganando mil pesadumbres y otros tantos enemigos, y peor si los trujéremos con quien puede mas; porque no es otra cosa pleitear un pobre contra un rico que luchar con un león ó con un oso á fuerzas. Verdad es, que se sabe de hombres que los han vencido, empero ha sido por maravilla ó milagro; no son buenas burlas las que salen á la cara. ¿No ves y sabes, que harán salir sol á la media noche, y lanzan los demonios en Bercebú? A los pobretos como nosotros la lechona nos pare gozques, y mas en causas criminales, donde la calle de la justicia es ancha y larga, puede con mucha facilidad ir el juez por donde quisiere, ya por la una ó por la otra acera, ó echar por medio. Puede francamente alargar el brazo y dar la mano, y aun de manera que se les quede lo que le pusieredes en ella; y el que no quisiere perecer, dóiselo por consejo, que al juez dorarle los libros, y al escribano hacerle la pluma de plata, y echáos á dormir, que no es necesario procurador ni letrado. Si en Italia fuera como en muchas otras provincias, aun en las bárbaras, donde, cuando absuelven ó condenan, escribe el juez en la sentencia la causa que le motivó á darla, y en qué se fundó, fuera menor daño; porque la parte quedara satisfecha, y cuando no, pudiera el superior enmenendar el agravio. Mas conocí un juez á quien habiéndole pagado un mercader muy bien una sentencia, con ánimo de asombrar con ella su parte contraria, para que temeroso acetase un concierto, y diciéndole un su particular amigo que lo supo, que cómo tan contra tan evidente justicia sentenciaba, respondió que no importaba, pues había superiores que le desagraviarian, que no queria perder lo que le daban de presente. Derreñeguen de un fallo destos á carga cerrada, que mas verdaderamente se puede llamar fallo de presente indicativo, pues engaña y no juzga. Mi verdadera sentencia es, que fallo ser necio el que si puede no lo evita; y en buena filosofía es menor daño sufrir á uno que á muchos. Cuando tu contrario te hiciere injuria, solo uno te la hace, y solo á él se la sufres; empero por cualquier camino que trates de vengarla, saltaste de la sartén al fuego, fuiste huyendo de un inconveniente, y diste de cabeza en muchos. ¿Quiéreslo ver? Diréte las estaciones que se te ofrecen por andar.

Lo primero, podría ser encontrar con alguacil muy gran desvergonzado, que ayer fué tabernero, como su padre, si ya no tuvieron bodegon; que si ladrón era el padre, mayor ladrón es el hijo: compró aquella vara para comer, ó la trae de alquiler como mula, y para comer ha de hurtar, y á voz de alguacil soy, traigo la vara del rey, ni teme al rey ni guarda ley; pues contra rey, contra Dios y ley te hará cien demasias de obras y palabras, poniéndote á pique de poderte acumular una resistencia. Yo conocí en Granada un alguacil que tenia dos dientes postizos, y en cierta refriega se los quitó; haciéndose sangre con sus manos mismas, dijo que se los habian allí quebrado; y aunque no salió bien dello, porque se averiguó la verdad, á lo menos ya no lo dejó por diligencia. En su mano será, si levatares la voz ó meneares un brazo, probarte que la hiciste. Pondráte luego en poder de sus corchetes: mira qué gentecilla tan de bien, corchetes, infames, traidores, ladrones, borrachos, desvergonzados, y de la manera que decía un gracioso lacayo de sí mismo, cuando lo enojaban: quien dijo lacayo, dijo bodegon; quien dijo lacayo, dijo taberna; quien dijo lacayo, dijo